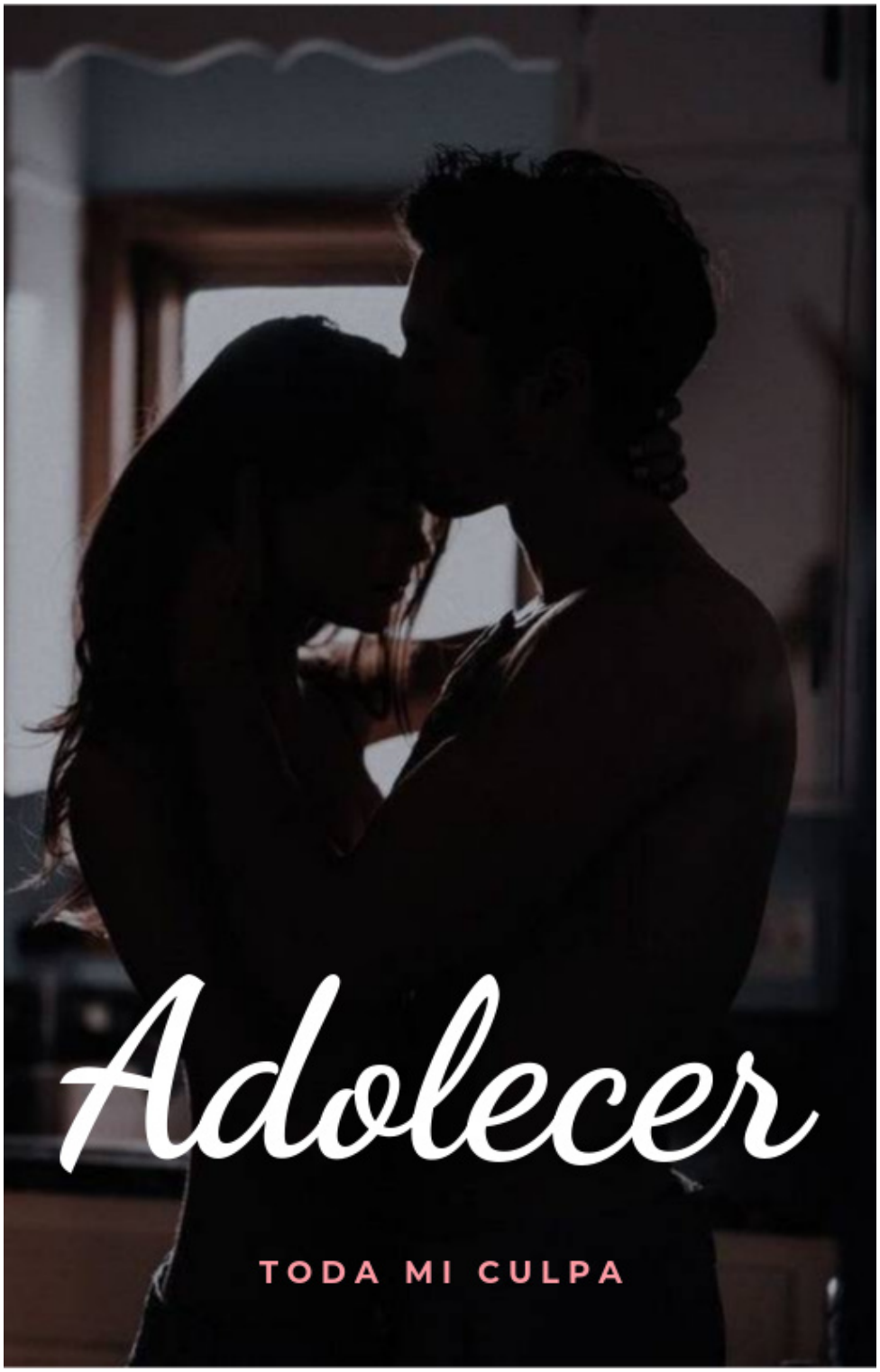
Adolecer (toda mi culpa)

L



Capítulo 1

Adolecer

TODA MI CULPA

Capítulo 2

Capítulo 3

Mastica chicle. Está prohibido, pero le da lo mismo. Hace globitos, globitos ruidosos, mastica con la boca abierta. Mete los dedos índice y pulgar en su boca, agarra el chicle, lo estira delante de su nariz y se pone bizca. Celeste, la secretaria, la mira de reojo. Ordena papeles, carpetas, acomoda sellos en una caja por tamaño y mientras tanto no la pierde de vista. Cada vez que explota un globo, Celeste siente que se le erizan uno por uno los pelos de la piel. Nada la irrita más. La mira entornando los ojos, abriendo y cerrando la boca, dudando si llamarle la atención, pero al final desiste, aunque no deja de mirar el reloj ni de echar miraditas furtivas hacia el despacho del director. No ve la hora de irse a casa, de prepararse para su clase de yoga.

A la camisa de Nicole le faltan varios botones y no está tan blanca. Sus medias están rasgadas. Su pelo es un solo nudo, rojo fuego, fantasía, espeso; y ella no para de tocarse el cuero cabelludo ni el arañazo que le cruza el cachete izquierdo. Se mueve constantemente en su asiento y cambia de posición una y otra vez. Ahora se sienta a modo de indio; no siente la cola y se le durmieron las piernas. Hace una hora y media que espera. Celeste le sacó su celular, también está prohibido, y no aguanta

más el aburrimiento, no tiene más paciencia para esto.

Alguien entra. Quien abre, empuja fuerte la puerta, la puerta rebota contra la pared, la secretaria se sobresalta y se le caen unos papeles. Mauricio tiene un solo objetivo y muy claro: Nicole, hacia ella apuntan sus ojos. Tomás, su amigo, lo sigue. Este aprovecha que Celeste está perdida y agachada detrás del escritorio y se pone a jugar con la engrapadora: la abre y la cierra y los ganchitos caen al piso.

Mauricio se acerca a Nicole, inclina un poco el cuerpo hacia delante y le habla entre dientes. Nicole, por más que no lo mira, siente su respiración sobre el cuello.

—¿Qué hiciste?

Cuando la secretaria se pone de pie, abre los ojos y la boca bien, bien grandes. Todos saben lo neurótica que se pone cuando le tocan sus cosas.

—¡Dejá eso ya mismo!

—¡No seas mala onda, che, solo son unos ganchitos! —Tomás sigue apretando hasta que Celeste se la arranca de la mano.

—¡Váyanse ya mismo a clase!

El globito de chicle de Nicole explota sobre la cara de Mauricio. Nicole lo ve a los ojos y alza una ceja.

—Yo no hice nada, tarado.

—¡No te hagás!

—Preguntale a tu noviecita, mejor, qué fue lo que pasó… No me jodas, Mauricio.

—¿Qué es esto? —pregunta Tomás, levantando un pisapapeles de la mesa.

—¡Basta! ¡Se van o los siento a esperar al director! —chilla Celeste, con voz aguda, desquiciada, con los ojos llenos de lágrimas porque no se aguanta haber empezado el año escolar así. Hace un mes que comenzaron las clases y ya se muere de ganas de conseguir otro trabajo. Todavía tiene la engrapadora en la mano— . ¡No lo repito!

Del despacho, asoma el director. Todo queda en silencio. Celeste pone cara de pánico: espera conseguir otro trabajo, sí, pero antes de que la echen. Tomás deja el portapapeles, muy despacio, sobre el escritorio.

Mauricio se endereza. El director va acompañado por un señor de traje impecable, hecho a medida. A ellos los sigue una chica rubia, alta, súper delgada, que cubre la mitad de su cara con un paño con hielo. El paño está manchado en sangre. Nicole se acomoda en el lugar, se cruza de piernas y brazos y… ¡plop! Globito. El director se sobresalta e interrumpe su conversación. Al principio le cuesta asimilar el ruido, el hecho y la cantidad de gente que se amontona en la habitación.

—Pero ¡por favor! ¡Una detrás de la otra! ¡Tire ese chicle inmediatamente!

Nicole se escupe el chicle en la mano y se lo pega a Mauricio en la suya aprovechando su distracción.

—¿Qué es todo este circo, Celeste? —La secretaria se encoge de hombros. El director resopla. Mira a Nicole mientras se pasa un pañuelo de tela por la frente y se seca el sudor. Son los nervios. —. Bueno, pídale disculpas a su compañera, ahora que estamos todos acá, y vayamos cerrado esto de la mejor manera posi…

—Ni loca.

—¿Cómo dijo?

—¿Es sordo o escucha lo que quiere? No me pienso disculpar.

—Pero ¿usted con quién se cree que habla?

—Sos un animal… —susurra Soledad y se echa a llorar. Su padre la abraza fuerte y la besa en la frente.

—¿Pudiste comunicarte con el padre de la señorita Abel, Celeste? —le pregunta el director a su desconcertada secretaria.

—¡Sí, señor! Claro..., sí, m-me... me dijo… Me dijo que está en camino… —balbucea ella mientras revuelve unos papeles.

El director asiente. Vuelve a dirigirse al padre de Soledad y le estrecha la mano. Mauricio mira a Nicole, Nicole mira a su hermano. En los ojos de Mauricio no hay otra cosa que miedo, miedo profundo que en la negrura de sus ojos solo Nicole puede reconocer porque es su hermano y porque lo conoce hace dieciséis años.

Capítulo 4

Capítulo 5

De repente, otra vez caos.

Soledad y su padre están por cruzar la puerta para salir cuando Nicole pega un salto y se lanza sobre ella para cazarla de los pelos. Celeste pega un grito y del susto se le cae una carpeta. El padre de Soledad quiere intervenir, separar a Nicole de su hija, pero en el medio se mete Mauricio para que no toque a su hermana. Tomás interviene y se ocupa de desenredar a Nicole, levantándola por detrás y agarrándola por la cintura. No le cuesta: no pesa nada, aunque tiene fuerza; al menos, energía. Lucha y se resiste. Aunque logra alejarla, ella sigue pegándole patadas a la nada. El director, colorado de la vergüenza, se acerca al señor Aguirre, le pide disculpas en nombre de la institución y le asegura que será implacable. Para soltarla, Tomás espera que los Aguirre crucen la puerta y se alejen; ni bien lo hace, Nicole sale disparada. Mauricio sale disparado detrás de ella. Celeste sí que es rápida de reflejos para comunicarse con los celadores: cuando se trata de castigar alumnos, no pierde el tiempo.

—¡Vuelva acá! —vocifera el director, y tose flemoso y entonces carraspea. Tomás tiene un pie en la largada: está a punto de irse cuando él le pone una mano sobre el hombro y lo retiene—. Al único lugar al que va a ir

usted es a mi oficina.

Nicole baja rápido la escalinata principal, salta escalones de dos en dos. Sabe que su hermano la sigue. Sabe que la deben estar buscando por todo el edificio, que no puede correr hacia ninguna salida, que van a estar esperándola. Necesita esconderse, pero ¿dónde?, ¿dónde no van a buscarla? ¿Cómo pierde a Mauricio de vista? No es ajena a la idea de que es más ágil que él y no va a dejarse alcanzar. Doblando a la derecha, al final del pasillo de primaria, está la escalera, acceso al piso de secundaria; está el ingreso al salón de actos, al patio y al baño de hombres. La puerta del patio está abierta. Hay un pibe entrando al baño. Nicole no lo piensa demasiado y lo empuja por la espalda; lo empuja y él no se resiste. Lo hace meterse con ella en un cubículo y, frente a frente, lo reconoce: es de su división y no está muy segura de su nombre. Es nuevo y, en un mes de clases, pocas son las veces que estuvo presente en el aula. Posa su dedo sobre los labios en señal de que se calle la boca. Baja la tabla y se acuclilla sobre ella. Él frunce el ceño sin entender por qué está en el baño de hombres, encerrado con una compañera a quien registra muy bien, y la registra porque siempre está metida en algún quilombo, todos lo saben.

Alguien entra. Se oyen pasos que se detienen justo delante de la puerta. Él nota que alguien se agacha e intenta espiar.

—¡Está ocupado! —grita rápido.

Cuando Nicole se da cuenta de que Mauricio desiste y toma otro camino, suspira aliviada.

—Gracias, che —le dice, hablándole bajito por miedo a que se aparezca algún celador.

—Felipe. Me llamo Felipe, no Che. El Che fue un guerrillero y, creeme, a mí me faltan huevos.

Nicole le revolea los ojos mientras se acomoda sobre la tapa del inodoro y se sienta a lo india, como siempre. Le sonríe.

—Te debo una.

Capítulo 6

Capítulo 7

Se come las uñas —lo que le queda de uñas—; se arranca la piel, las cutículas, y arde. Sentado al pie de la escalera del vestíbulo, de cara a la entrada, marca incesante el número de su hermana para caer, una y otra vez, en el buzón de voz.

—Por favor, Nicole… —murmura al marcar otra vez. Apagado. Marca otra vez. «Te comunicaste con…». Deja el teléfono sobre el escalón y se restriega la cara con ambas manos. Luego de tres horas de intentos, de culo rígido en esa escalera alfombrada, desiste, aunque no así su desesperación. La ansiedad como cosquilleo que recorre su cuerpo le revuelve el estómago. Tantea el bolsillo de su camisa y busca su paquete de cigarrillos. Se fumó un atado entero en solo una hora. Tiene la boca seca, con mal sabor, ya no lo disfruta. Su teléfono vibra hace rato. Ya le hacía vibrar la oreja mientras cada tono le oprimía más y más el pecho. No necesita mirar para saber que lo único que está recibiendo son reclamos y reproches. Ahora suena. De reojo, ve la foto de contacto en la pantalla. Mensajes de texto, WhatsApps, llamadas perdidas, mensajes de voz… Va a volverlo loco. Atiende.

—¿Qué te pasa?

Al otro lado, una voz histérica.

—¡¿Que qué me pasa?! ¡¿Vos me estás jodiendo, Mauricio?!

Apaga el cigarrillo en su lengua. Hay cenizas a su alrededor. No le importa nada de lo que está diciendo, no logra rescatar una palabra, sin embargo, sí hay una pregunta que quiere hacerle. No puede dejar de preguntarse cuál fue el desencadenante de todo esto.

—Soledad, ¿qué le dijiste a Nicole? —la interrumpe.

—¡Me arrancó los pelos, Mauricio!, ¡mechones! Tengo el ojo morado, el labio partido… ¡Me rompió la nariz! —Soledad llora indignada, lastimosa, víctima—. ¡Tu hermana es un animal rabioso, una sociópata! ¡Está demente! Te juro que no puedo creer que sean hermanos... ¿Vos te das cuenta de que no podés seguir defen…?

—Soledad, voy a cortar, necesito el teléfono.

—¡Ni se te ocurra, Mauricio!

—Después te llamo.

Corta. Corta y marca el número de su hermana, pero sigue sin suerte. Soledad no sabe parar, no acepta un no como respuesta. Su fotito de sonrisa posada ocupa toda la pantalla. Apaga el teléfono. Jamás va a desocuparle la línea.

—¿Y Nicole? —pregunta una voz a sus espaldas. Mauricio gira medio cuerpo para poder verla. Por lo general, es su hermana quien la trae de regreso del colegio. Menos hoy. Hoy su hermana no apareció. Pía tiene cara preocupada. A sus diez años, se preocupa demasiado. Él sonríe con cierta pena y se encoge de hombros.

—No sé. Seguro salió con alguna amiga.

—Si no tiene amigas…

—¿De dónde sacás esas cosas, vos? María es su amiga, esa, ¿la ubicás? —Su hermanita niega con la cabeza—. Bueno, pero existe. ¿Tenés tarea?

—¿Me decís eso de la tarea para distraerme?

—¡Sos demasiado peque para ser tan atrevida, eh! Andá a hacer la tarea,

dale.

—No sos papá para decirme qué hacer —le dice.

Últimamente, Pía se lo subraya a menudo. Últimamente, habla mucho de su papá.

—Tu papá te abandonó, Pipi, no le importás una mierda.

Mauricio ve cómo los ojos de su hermanita se llenan de lágrimas, ve cómo infla el pecho conteniendo las palabras.

—¡Te odio! —le escupe con ira y baba rabiosa.

Le duele en el alma, pero es por su propio bien. La ve perderse; escucha su trotecito en la planta alta, escucha un portazo. Cierra los ojos. Tal vez por su condición de hombre o por ser su única figura paterna, tal vez por eso toda su ira está dirigida hacia él. Después del portazo, escucha ruidos en otra puerta, en la de entrada. Le parece oír el pestillo, alguien tratando de adivinar la llave; después ve moverse la manija, la ve bajar y subir. Alguien trata de abrir a la fuerza, sin éxito porque está cerrada. Mauricio demora en reaccionar y pegar un salto desde los escalones.
Tantea torpe su juego de llaves que está sobre el mueble. Cuando pregunta quién es, le tiembla la voz. Nadie contesta. Duda. Al fin, cuando decide abrir, Nicole se le va encima, peso muerto. Está despeinada y con el maquillaje corrido; tiene un moretón en el pómulo del arañazo que le dejó su novia y no tarda en darse cuenta de que tiene más golpes.

—Eu, Nicole —la llama mientras la cachetea un poco, despacio, para que reaccione—. Nicole, por favor, hablame.

La sacude y no reacciona. La levanta en brazos, la lleva hasta el baño y se encierra con ella. Abre la ducha. Se rasca la cabeza nervioso, la mira nervioso. Trata de pensar en algo y no logra pensar en nada. Se saca las zapatillas, se inclina, la agarra por debajo de las axilas y la mete en la bañera con él, bajo el chorro de agua helada.

Y solo ahí, donde sus lágrimas se confunden, solo ahí puede llorar.